

BRUNO TRAVEN, EL ESCRITOR INCÓGNITO

No se puede comenzar con una anécdota. ¿Quién es Bruno Traven? Nadie lo sabe. Nadie lo conoce, ni siquiera los enterados. ¿Dónde vive? ¿Cómo es? ¿Qué hace? Son preguntas que quedarán siempre sin respuesta. (Por lo menos hasta que aquel reportero destacado por algunas agencias de publicidad norteamericanas, que lo busca sin encontrarlo, dé con su paradero, y junto con la nota sensacional sobre «el extraño y misterioso escritor más leído de Europa», nos ofrezca algunas noticias de la vida y la persona del inubicable novelista).

Sus libros están firmados bajo todos los cielos y se refieren a todos los grupos humanos y sus tragedias. Son libros fuertes, ásperos, caldeados. Y humanos, dolorosos. Quien los escribe ha vivido evidentemente esas existencias atroces de sus personajes, ha respirado ese aire de sangre y de violencia. Es un hombre, el hombre, todo el hombre. Un ser para quien ni la vida ni la literatura constituyen un agradable juego.

* * *

Bruno Traven, escritor un día de gran difusión en Alemania, pero hoy condenado a una censura torpe que destina sus libros a la hoguera, es el novelista cuyas obras alcanzan tiradas más fabulosas en Europa. Sus novelas, que nadie sabe de dónde vienen, pero que se vierten en seguida a todos los idiomas, suscitan siempre un interés creciente, al que por cierto no es ajeno el halo de misterio que envuelve a su autor. En efecto, pocas personas, quizás más pocas de lo que es dable imaginar, pueden preciarse de conocer personalmente a Traven, cuyo nombre mismo no se sabe a punto fijo cuál es, presumiéndose no sin fundamento

que el de «B. Traven» que aparece en la tapa de sus libros, sea supuesto. El novelista y su verdadera personalidad permanecen desconocidos. Cuesta ubicarle. Alguien cree que vive en un punto ignorado de México, en la selva, en sus montañas, en el fondo de algún valle tropical del territorio. Por lo menos así lo dan a entender ciertas señas que figuran en una de las ediciones holandesas y que pertenecerían a su apoderado, un licenciado de Tamaulipas. El escenario de una buena parte de sus novelas es también la tierra mexicana, con su clima y sus problemas tórridos, la miseria y los dramas del trabajo y la ejemplar bravura de sus hombres. Pero vanas han resultado todas las tentativas de iniciar una correspondencia con el autor de «*Das Totenschiff*»; nadie contesta a las cartas que le son dirigidas.

* * *

Todo esto es intrigante, misterioso, y muy parecido a un capricho de escritor genial y extravagante. Pero en el fondo de esta actitud, tan natural por lo demás, hay que descubrir la moral del escritor tal como la entiende Bruno Traven. El debe considerar despreciable, tal vez repugnante, esa actividad extraliteraria, que se nutre de los reflejos de la gloria literaria y de la insana curiosidad siempre vigente de un público ávido y lenguaraz; una actividad a la que el escritor común ha concedido a veces más atención que a su propia obra, y cuyos ocultos resortes consisten en procurar que el mundo se preocupe de sus intimidades personales y de su pequeña vida particular lo mismo que de una vedette de cinema. Y tan acostumbrados estamos a ese espectáculo que el escritor nos da con su persona, que cuando hay un hombre sano y vertical que renuncia a la exhibición y se limita a cumplir con su tarea, es decir, a escribir, el hecho nos parece insólito, y hasta misterioso.

Es el caso de Bruno Traven.

El silencio, el enigma que rodean a su persona, no obedecen, al parecer, a un propósito de llamar la atención, sino al contrario. El, sabe que no es un clown, sino un escritor, y como escritor, un trabajador cualquiera, una víctima. No ha nacido para divertir haciendo mojigangas. Nadie que sepa en qué mundo vive y en qué horas ha nacido para desempeñar ese papel. No es risa, pues, lo que por el momento hace falta. Sino seriedad. Dramática, angustiosa, quizás optimista seriedad, pero alerta y severa, ceñida a un proceso del que no hay que quitar los ojos, a una agonía crujiente y diaria, a un desgarramiento permanente.

Es lo que se infiere leyéndole.

* * *

En «El barco de los muertos», esa amarga novela, incisiva, cáustica e inexorable como un hierro al rojo blanco, en que un mundo terrible, sangrante, descarnado, alucinante y feroz se ofrece a nuestros ojos, el arte del novelista adquiere una fuerza pocas veces lograda en la literatura universal. Son cuadros candentes de la implacable explotación del hombre, y cuya lectura no puede sobrellevarse impunemente: duelen sus páginas, como bofetadas. Uno se siente avergonzado de pertenecer a una especie humana que es capaz de tan inagotables reservas de odio, de fría ferocidad, de una paciente y diaria crueldad monstruosa.

Un marinero pierde en un puerto belga, su barco, y con él sus documentos. Las autoridades lo atrapan y le ofrecen las fronteras vecinas. Opta por Holanda, de donde vuelven a arrojarlo a Bélgica, y de allí a Francia, que a su vez lo entrega a España. Un juego cruel, con un hombre que inesperadamente se da cuenta que ha perdido su nacionalidad y hasta su nombre. Sus cónsules se niegan a extenderle nuevos documentos y le exigen testimonios; las autoridades lo encierran unos días en todas partes y luego lo echan lejos, como si les quemara las

manos; los barcos se niegan a registrarlos. Es un muerto. Y con esa fatalidad propia de las pendientes y las caídas, viene a dar con la innegable realidad de sus huesos en uno de esos barcos que surcan todo los mares y cargan sobre su averiada arboladura un trágico destino: están condenados al naufragio para que los armadores puedan cobrar las primas del seguro. Allí no interesan los documentos, y el tripulante que se engancha para ese crucero cuyo puerto más o menos próximo, pero ineludible es la muerte, pierde al ingresar en el barco, definitivamente, su nacionalidad y su nombre, y paradójicamente gana una nacionalidad falsa que la mordacidad de sus compañeros de infortunio le adjudica. Es «el egipcio», o «el danés» o «el africano»; pero nada más.

La vida en esa tumba flotante es la que describe Traven en su novela; los últimos días de unos hombres que han desaparecido ya legalmente del mundo, y que, aun «muertos», continúan sirviendo a la voracidad de sus perseguidores. Y por ser muertos, desecho de la humanidad, sombras sin existencia documentada, tienen que asumir la encarnizada faena de cinco hombres, alimentarse apenas, dormir casi nada y familiarizarse con la mugre y la humillación, en la última escala de la indignidad social. Hay una «sala del terror» en las más profundas bodegas del barco, donde los audaces que se atreven a reclamar su libertad o un puñado de compasión son devorados por una muchedumbre de ratas gigantes.

No hay declamaciones ni reclamaciones o protestas en este libro. El tono es más bien liviano, sonriente. Pero también despectivo. (Oh, infinito «tiempo del desprecio»). Su ironía corrosiva y despiadada golpea más que todas las protestas. Hace saltar la sangre. Como Dostoyewski, Traven ha obtenido sus armas de la soledad a que lo condena un mundo inexorable; una soledad muy parecida a la muerte, con un clima de espanto y tortura, desollado.

* * *

De espaldas a esa civilización que lo rechaza, el escritor busca ahora sus escenarios allí donde la vida aun es libre y original, casi virgen. Así concibe «El puente».

He aquí una novela fresca, vibrante, ágil e impetuosa. Es como una caliente oleada de ternura. No circula, como en la otra, ningún agrio elemento por sus venas transparentes como el aire. Y hasta la muerte que lo preside, es dulce. Pocas veces nos es dado leer un libro como éste, en el que la literatura logra en tal medida el equilibrio de sus fórmulas y alcanza esa difícil facilidad que es su máximo hallazgo, hasta convertirse casi en poesía. Y poesía es drama, epopeya, vida simple y resuelta. Y ya se sabe que si en algún aspecto se identifican más la vida y el arte es en ese de su dramatismo escueto, de su expresividad inapelable, de su hervor y su transparencia. No han sido vanas y baldías esas palabras—tan incomprendidas—con que la intuición popular manifestó su aplauso por una obra de arte, comparándola a «un trozo de vida». Con ello quiso significar no el mayor o menor volumen de naturalismo literario que descubría en la obra, sino la *otra* naturaleza que creía ver en ella, una naturaleza que *sin serlo* (no es tan torpe el ojo popular como para ignorarlo) era tan digna como la otra, la natural.

«El puente», de Bruno Traven es también «un trozo de vida». Sencillo, áspero, natural, dramático, como la vida, es el curso de la existencia que viven sus personajes en un rincón de la jungla mexicana. Un grupo de indígenas cuya vida tiene un ritmo y un módulo absolutamente distinto a los del resto civilizado, pero real, sin artificio y libre. Libre, mas no impune, porque la civilización va a buscarlos también allí para herirlos y cobrar su tributo. La civilización, el siglo de la industria, que llega hasta ellos con uno de sus innumerables sím-

bolos: un par de zapatos de niño. El chico indígena se los pone; es un par de zapatos que usan los blancos, que por ese sólo hecho adquiere ya superioridad y soltura, y hay que ponérselos. Pero estos trastos son prendas demasiado complicadas, apenas si se puede caminar con ellas, sobre todo para cruzar el tronco que sirve de puente sobre el río. Celebran aquella noche una fiesta; la gente de los jacales se ha reunido al otro lado del río y trata de divertirse. El chico va a cruzar una vez más el puente, como un animalillo maneado, y tropieza, cae al agua y se ahoga. Alrededor de esta muerte gira el interés del relato. Un episodio sin contornos extraordinarios, un suceso común, casi insignificante, sirve al escritor para tallar un cuadro vivo, tiernamente humano, de la existencia de un grupo de seres, a cuya alma, al parecer sin hondura, penetra con destreza de buceador de grandes profundidades psicológicas y sociales. Y es con turbación de civilizados que comprobamos cómo en esa vida sencilla y desnuda de la selva, en un grupo de «indios», de seres «inferiores y pintorescos», hay más hermosura, más dignidad y transparencia, más humanidad y más armonía con las leyes de la naturaleza y el buen sentido, que en las formas de convivencia a que nosotros, los metropolitanos supercivilizados, estamos orgullosamente habituados.

Son vidas oscuras, ínfimas, de grupos de indios que la sociedad, y por ende la literatura, que es instrumento más elocuente han despreciado siempre, sin concederle apenas una mirada. ¿Pero es que los indios, los pobres, parece decir Traven, no tienen los mismos sentimientos y no habitan el mismo mundo que nosotros? ¿No son sus órganos, sus huesos y sangre iguales a los nuestros? ¿No son idénticos acaso sus problemas? En las páginas de «El puente» aprendemos que los huesos, y la sangre y los órganos de esos indios, y hasta a veces sus palabras, es cierto, son iguales a las del hombre blanco que se acerca a ellos, pero ni su mundo ni el tamaño de su felicidad ni la forma de su sabiduría son los mismos.

Bruno Traven tiene la virtud de tomar un poco de vida en sus manos, de vida humilde y sin aderezo, sucia, ruda, humeante, tal cual es, y oponerla a los grandes conflictos del mundo. Un recurso que habría hecho sonreír a un exigente y ático desentrañador de altas colisiones psicológicas, a un especulador de frías pasiones literarias, pero que en manos de Traven alcanza proporciones de tragedia social. Al través de la muerte de un niño y de los movimientos que en las gentes afectas a ese niño provoca su muerte, su arte nos deja ver el fondo de esas almas diáfanas y ausentes de egoísmo, su pureza, su rectitud, su nobleza y abnegación. Y hasta esa cortesía ajena a la humillación, que denuncia una dignidad que nosotros hemos reemplazado por un aparato hipócrita y muerto. Vemos al mismo tiempo un mundo insospechado, en el que las reacciones de los seres que lo habitan no se parecen en modo alguno a la de los presuntos civilizados, pero que las sobrepasan en sensibilidad y penetración, causando fácilmente el asombro del hombre blanco que asiste a lo que él cree extrañas manifestaciones de una magia desconocida, y que quizás si no son otra cosa que un grado más pleno de compenetración con las fuerzas latentes y oscuras de la naturaleza.

* * *

No es ciertamente el juego del estilo, la finura de los matices, el oficio y la brillantez, lo que más hay que admirar en Bruno Traven. No olvidemos que es un escritor que no ignora el color y aun el sabor de la sangre que baña al mundo. No son, pues, los pequeños conatos personales, las perplejidades aparentemente grandes—la preocupación por el «Más allá», el porvenir de las filosofías, las dimensiones del infinito—sino las mezquinas y mordientes perplejidades del individuo en su encuentro diario con la sociedad, planteadas con brutalidad extre-

ma, lo que hacen de su obra un alegato, un arte caliente y humano, un arte «más verdadero que la vida».

Malraux concibe que «el artista no hace obra de arte sino cuando ha encontrado el elemento positivo y creador de exaltación». Y es esa averiguación visible, dolorosa y desgarrada, lo que en las páginas de su obra, *Traven* nos muestra abruptamente, como una enseñanza, la más ejemplar y elocuente, y que sólo puede dar aquél que más duramente ha sido golpeado. Aquél de quien la sociedad ha hecho no un resentido, sino un lúcido, un acusador.



VICUÑA MACKENNA, editado por la Universidad de Chile

Uno de los trabajos de mayor aliento y de mayor significado emprendido por la Universidad de Chile es, seguramente, la reedición de las obras completas de don Benjamín Vicuña Mackenna, el más grande publicista americano. En sus obras palpita Chile, ese Chile que desconocemos y que ha tenido tantas vidas ejemplares, que se han desenvuelto entre pasiones de todo género y que han dejado a su paso normas dignas de recogerse, repetirse e imitarse. El escritor tomó a Chile entre sus manos, auscultó su corazón y lo entregó a través de su sentir hondo y entusiasta. Cada detalle fué para él materia de estudio y de constructiva deducción; él pudo, con una virtuosidad asombrosa, con una visión que no ha tenido paralelo, reconstituir los acontecimientos y forjar con ellos los libros más valiosos escritos por una pluma americana. Pero cuanto yo pueda decir sobre su obra está ya dicho por tratadistas más autorizados que yo, que solamente dejaré constancia de mi entusiasmo por la obra de la Universidad, y pasaré a ocuparme del aspecto más simpático que tiene para mí ese corremundos, ese descubridor de almas que fué Vicuña Mackenna. Yo me referiré a